

El programa de crecimiento de François Hollande

Alfonso Carbajo Isla*

François Hollande, el nuevo Presidente de Francia, es un hombre afortunado, extraordinariamente afortunado. Y el azar, que lo ha elevado a la cima de la política francesa, parece ser también el determinante principal de sus compromisos de política económica. Éstos, en ocasiones, han ido cambiando, a la luz de las circunstancias o de la impresión del momento, desde las primarias del partido y a lo largo de la campaña electoral, hasta la toma de posesión. Su programa¹, presentado el 30 de enero de 2012, contiene sesenta puntos, lo que él llama sus “sesenta compromisos con el pueblo francés”, pero esta acumulación de promesas no se articula en una visión de conjunto de los problemas económicos de Francia –mucho menos, en una explicación coherente de una política de crecimiento – sino que se reduce a un recetario de medidas, o de intenciones de medidas– “trataré, me esforzaré por...”, de todo orden y condición, sin argumento general que las engarce. Se puede tachar el programa de oportunista, pero debe reconocerse que tiene mérito, por otra parte, escribir un documento de 50 páginas en el que resulta imposible rastrear el pensamiento económico del autor.

Y mucho más mérito si se tiene en cuenta que Hollande, licenciado en Derecho y Economía por la Universidad de París, graduado de Sciences Po y *enarca*² destacado, ha sido, incluso, profesor de economía durante

tres años, de 1988 a 1991. Los reflejos del político han inhibido cualquier tentativa de explicación del economista.

El Programa electoral de Hollande

A continuación resumimos las promesas más salientes del documento oficial ya citado del entonces candidato socialista, con algún breve comentario llegado el caso, para no abrumar al lector.

Comienza afirmando que bajo el gobierno Sarkozy la inseguridad se extiende por todas partes, “estando en cuestión la soberanía de la República frente a los mercados”, afirmación que es radicalmente falsa. Consecuente con su premisa, Hollande promete “proteger a los consumidores para restablecer la confianza de los franceses en la economía”.

En el seno de la UE, promete negociar una directiva de protección de los servicios públicos; reforzar la protección de la agricultura y de la vida rural, con especial énfasis en el presupuesto de la UE en ganadería. Promete intervenir en defensa de los pequeños agricultores y empresarios para equilibrar su capacidad negociadora con la de las grandes cadenas de distribución. Dará prioridad a las PYME, que serán las protagonistas, en regiones clave, del desarrollo local y la competitividad.

En el área fiscal, promete introducir un impuesto Tobin sobre las transacciones financieras (es decir, lo que había anunciado el gobierno de Sarkozy), suprimir las

* Economista y técnico Comercial del Estado.

¹ Se puede consultar en http://francoishollande.fr/assets/Uploads/Project_presidentiel_Francois_Hollande.

² Nota del editor: Graduado de la Escuela Nacional de Administración Pública francesa (ENA).

exenciones y bonificaciones fiscales a los titulares de rentas altas, poner un impuesto a la riqueza y, en el impuesto de sociedades, distinguir tres tipos: 35% para las grandes empresas, 30% para las PYME; y 15% para las más pequeñas de estas últimas. En particular, en el impuesto sobre la renta de las personas físicas se compromete a crear un tipo marginal del 45% aplicable a las rentas superiores a 150 mil euros (en los debates de final de campaña, posiblemente inspirado por las encuestas, Hollande refinó esta propuesta, completándola con un tipo marginal de 75% para rentas superiores a un millón de euros.). Por último, aunque esta no es una medida recaudatoria sino disuasoria, anuncia que las empresas que cesen su producción en Francia para relocalizarse en el exterior deberán devolver todas las ayudas públicas recibidas (una obligación razonable).

El impuesto Tobin (que tiene ya poco que ver con Tobin) es popular entre los intelectuales y tiene el respaldo de la Comisión que, como toda buena burocracia, quiere tener su fuente independiente de ingresos fiscales, y de la mayoría de los estados miembros, aunque cuenta con la oposición frontal del Reino Unido y de Suecia. Desde el punto de vista de la consistencia del mensaje de Hollande, inconveniente más grave de la tasa es su efecto contractivo sobre la tasa de crecimiento de la economía, hasta el punto que, según los estudios de la Comisión, la recaudación de todos los impuestos más un impuesto Tobin al 0,10% sería inferior a largo plazo, a la recaudación de los sistemas fiscales vigentes³.

En el sistema financiero, “prohibirá los productos financieros tóxicos que enriquecen a los especuladores y amenazan la economía”. Si todo fuera tan fácil, si los productos vinieran con una etiqueta identificativa de toxicidad financiera, el tema estaría resuelto. Pero los desarrollos urbanísticos de máxima calidad de hoy son los activos bancarios tóxicos de mañana, y las declaraciones solemnes de buenos propósitos son impotentes para evitar desastres que dependen de la naturaleza humana. En cuanto al enriquecimiento de los especuladores con los productos tóxicos, es una falacia con intención propagandística que ignora la realidad más elemental, a saber, que los especuladores operan en los dos lados del mercado. Unos vendieron productos tóxicos y pueden haberse enriquecido; pero otros especuladores, como Lehman, por ejemplo, y muchos promotores inmobiliarios, los compraron, terminando en la ruina.

Además del impuesto sobre las transacciones financieras (impuesto Tobin), destinado presumiblemente a limitar la actividad financiera, el programa propone un

impuesto sobre los beneficios de la banca de un 15%, adicional al impuesto ordinario de sociedades. Además, limita las retribuciones de los banqueros y anuncia el establecimiento de topes a las comisiones bancarias. Y como colofón, propugna la creación de una agencia pública europea de calificación crediticia.

Se compromete (curiosamente, lo mismo que Sarkozy) a reducir el déficit de las AAPP al 3% del PIB en 2013 y a eliminarlo en 2017. Para ello, confía en obtener ingresos adicionales con las anunciadas eliminaciones de las exenciones y bonificaciones de las que disfrutaban los perceptores de rentas altas así como intensificando la lucha contra el fraude fiscal. Desgraciadamente, otras promesas electorales, como el adelanto de la edad de jubilación desde los 62 a los 60 años (ya realidad legislativa para los que hayan trabajado desde muy jóvenes), la creación de 60 mil empleos nuevos en la enseñanza pública y la ralentización del programa de reducción del número de funcionarios, tienen el inconveniente de aumentar el déficit y reprimir el crecimiento.

La fuerza del mensaje está en las propuestas dirigidas a cambiar la actitud de las autoridades europeas, sacudiendo su complacencia con la recesión. “Propondré un pacto de responsabilidad, gobernanza y crecimiento para salir de la crisis y de la espiral de austeridad que la agrava”; renegociar el Pacto Fiscal de la UE, privilegiando crecimiento y empleo, y reorientando en esa dirección al BCE; crear eurobonos; firmar un nuevo Tratado franco-alemán, impulsar un presupuesto europeo 2014-2020 al servicio de los grandes proyectos del futuro; creación de nuevas herramientas financieras para acometer programas innovadores de defensa del medio ambiente y de desarrollo de energías alternativas.

Por último –apuntándose al proteccionismo del último Sarkozy-, anuncia una nueva política comercial activa frente a toda forma de competencia desleal, así como reglas internacionales estrictas de reciprocidad en materia social. Esta vía proteccionista es peligrosa porque no sólo fomenta ineficiencias en los sectores protegidos y frena el desarrollo, sino porque, además, genera despilfarros asociados a un sistema de búsqueda de rentas.

Por otra parte, aunque no las reconoce como tales, el programa incluye varias medidas de austeridad encomiables, entre ellas, la reducción en un 30% de las retribuciones de los miembros del Gobierno y altos cargos y el establecimiento de topes a los salarios de los ejecutivos de las empresas públicas, que no deben ser más de 20 veces superiores a los del salario más bajo de la empresa. Ésta última restricción ya es operativa.

³ Véase Ksabl.

El Personaje

Hollande comparte con sus antecesores —excepto con Sarkozy, hombre del pueblo (a pesar de su imagen de pompa y glamour) que se ha hecho a sí mismo— la pertenencia, a través de la *École National d'Administration*, a los grandes cuerpos que constituyen la aristocracia burocrática de Francia, semillero de políticos y altos ejecutivos de empresas. Desde este punto de vista, en el ascenso de Hollande a la más alta magistratura de la nación francesa no hay novedad alguna.

Pero se aparta de sus predecesores, sin embargo, en dos rasgos biográficos de gran importancia. Es el primer presidente de Francia sin experiencia previa de gobierno, un hecho tan desusado en el país vecino que puede considerarse revolucionario. De Gaulle, Mitterrand, Pompidou, Giscard, Chirac, Sarkozy, llegaron a la presidencia tras haber sido varias veces ministros (incluso, en algunos casos, primeros ministros). Esta familiaridad necesaria con el funcionamiento del gobierno es algo de lo que Hollande carece; desde sus comienzos como interventor en el Tribunal de Cuentas, sus puestos nunca han pasado de asesor en gabinetes ministeriales, secretario de comisiones parlamentarias y últimamente alcalde de Tulle.

Esta bisoñez en el manejo de la maquinaria del Estado recuerda a la de otros políticos contemporáneos. Obama, el caso extremo, llegó a la presidencia de Estados Unidos tras un período de dos años como senador, sin experiencia alguna de las tareas de gobierno a nivel federal, estatal o local. Y el caso de Rodríguez Zapatero es todavía más extremo: llegó a la presidencia del Gobierno sin experiencia ejecutiva alguna en la Administración pública o en la empresa. ¿Estamos asistiendo a la aparición de un nuevo estilo de líder correspondiendo un cambio generacional?

Hollande tiene otra carencia, todavía más grave que la anterior, para el desempeño de la presidencia: su desconocimiento de la política exterior, en general, y de los jeribequés de la política comunitaria en particular. Ahora bien, la función principal de la presidencia es la dirección de la política exterior, la proyección sobre la escena mundial de *la grandeur de la France* y el logro de un delicado equilibrio con Alemania en el manejo de los asuntos europeos. De Gaulle, Pompidou, Giscard y Mitterrand fueron maestros en el arte de componer una presencia de Francia en el mundo muy superior a la que justificaba su peso político, gracias a unas artes diplomáticas que no tendrían nada que envidiar a las de los cardenales florentinos del Renacimiento. De Gaulle logró asegurar la primacía de Francia en la UE con la táctica de la silla vacía; y Mitterrand consiguió para Francia la creación del euro, neutralizando

así la superioridad del marco, aprovechando el momento de la reunificación alemana. Hollande, en este sentido, está muy lejos de estos virtuosos de la estrategia.

Pero sabe suplir sus deficiencias. Por ejemplo, reclutando como ministro de Exteriores a Laurent Fabius, un peso pesado del socialismo francés, primer ministro de 1984 a 1986 y experto conocedor de la maquinaria de Bruselas, que representará un apoyo inestimable⁴.

De modo que la imagen anodina de Hollande oculta una firme ambición orientada a la conquista del poder, como no podía ser de otro modo. A la que hay que añadir la cualidad que Napoleón estimaba más en sus generales: la suerte. Y esta no le ha faltado desde pequeño, desde que su padre, acaudalado médico de Rouen, militante de extrema derecha, fracasó en todos sus intentos de ganar un escaño. Y le vino muy bien al ingresar en la ENA, en la misma promoción de Segolene Royal, compañera sentimental durante casi un cuarto de siglo y madre de sus cuatro hijos, quien, al ser proclamada candidata oficial del Partido Socialista (PS) en 2007, dedicó tanto esfuerzo a reforzar la posición de su pareja dentro del partido como a su campaña electoral contra Sarkozy, campaña, por otra parte, oportunamente perdida por la consorte porque, de lo contrario, Hollande no tendría ahora *aucune chance*. Y sigue la racha. A pesar de que Segolene descubrió que, mientras ella se concentraba en la familia, en su candidatura y en el ascenso en el aparato del partido de su François, éste mantenía desde hacía más de un año *une liaison sentimentale* con su actual pareja de hecho (la periodista de Paris Match, Valerie Trierweiler), terminó por hacer de tripas corazón y luchó, con éxito, dentro del partido por la candidatura de su ex.

Lo más asombroso estaba aún por llegar. Hasta mayo de 2011 nadie pensaba en Hollande como posible candidato del PS en las elecciones presidenciales. Dominique Strauss-Kahn (DSK), director-gerente del FMI y aclamado por toda Europa como salvador del euro con ocasión de la crisis griega, era hasta entonces, no sólo el candidato por unanimidad del PS sino, según todas las encuestas, el indiscutible ganador de las elecciones presidenciales frente al presidente Sarkozy. Pero la fortuna caprichosa quiso que aquel fatídico 13 de mayo, en vez de volar directamente desde Washington a París, donde le esperaba una recepción multitudinaria de entusiastas parti-

⁴ El fichaje revela la habilidad (por otra parte poco apreciada hasta ahora) de Hollande para atraer a su campo a antiguos enemigos políticos. Según parece, el comentario de Fabius, al enterarse de que Hollande pretendía disputar las primarias a Martine Aubry, fue el siguiente: "¿Es una broma?".

darios, DSK decidiera pernoctar en el Sofitel de Nueva York, donde se encontró con el episodio de la empleada centroafricana, la cárcel más tarde y el ostracismo social después. Si no hubiera dormido entonces en el Sofitel, estaría durmiendo estos días en el Elíseo, pero, así las cosas, su inesperada caída abrió oportunidades a los suplentes, Martine Aubry y François Hollande que tendrían que enfrentarse en las primarias del partido.

El resultado se barruntaba incierto porque Hollande había hecho carrera en el PS proclamándose “hijo espiritual de Jacques Delors”, desplazando a los arribistas menos afortunados que no contaban con la protección del ilustre patricio. Pero esta treta le iba a servir de poco frente a Aubry, por ser ésta la verdadera hija de carne y hueso de Delors. Afortunadamente, la crisis de la Eurozona y los titubeos de Bruselas de los dos últimos años dieron la oportunidad a Hollande de criticar a la Comisión, distanciándose del “delorsismo”, de tachar la posición de Aubry de aventurerismo de izquierdas y de proclamarse a sí mismo el candidato nacional abierto a las aspiraciones de todos los franceses.

Para remate, Sarkozy fue el peor enemigo de sí mismo. Ególatra, hiperactivo, cambiante, consiguió enajenarse la confianza de los electores a su derecha y a su izquierda a los que simultáneamente se esforzaba en atraer. Hollande, diciendo generalidades (“el cambio empieza ahora”) ganó la partida. Lo que le faltó en argumentos, le sobró en técnicas de *marketing* y en apoyos publicitarios. Como, por ejemplo, el manifiesto⁵ a su favor firmado por 42 economistas, encabezados por Philippe Aghion, profesor de Harvard y una autoridad en el tema del crecimiento endógeno, que le dio al programa de Hollande el marchamo de respetabilidad intelectual del que era menesteroso debido, precisamente, a la acumulación de promesas oportunistas. La afirmación inicial, “*Nous économistes, soutenons Hollande*” es lo que cuenta y lo que ha llegado a la gente. El resto del texto, donde se sostiene que hay que votar a Hollande porque se comprometía a reducir el déficit público al 3% del PIB en 2013 (igual que Sarkozy), a ponerlo a cero en 2017 (lo mismo que Sarkozy) y a crear un impuesto sobre las transacciones financieras (igual que Sarkozy), lo ha leído poca gente, pero eso es lo de menos.

La comercialización de un producto es función de los resultados de las encuestas realizadas a los consumidores, y las promesas de Hollande han variado al compás de las encuestas electorales. En enero, prometió aumentar la carga fiscal de las grandes fortunas y, en particular, gravar

⁵ *Nous économistes, soutenons Hollande*, publicado en *Le Monde*, el 17/04/2012.

al tipo marginal de 45% las rentas superiores a 150 mil euros. Vista la reacción favorable, para atraerse el voto de la extrema izquierda, decidió crear en mayo un tipo marginal de 75% para las rentas superiores a un millón de euros. La misma táctica oportunista explica su oposición a los acuerdos del Consejo Europeo de diciembre de 2011 y, en especial, al Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza de marzo de 2012, que criticó porque “se rendía a la estabilidad, sofocando el crecimiento”. La frase de su campaña que ha hecho fortuna es “*la croissance au lieu de la rigueur*”, que explota la inocencia del electorado. La falacia de la contraposición *croissance-rigueur* está denunciada en un chiste de Chumy en el que una visita pelma pregunta al niño pequeño de la casa: Nene ¿A quién quieres más, a papá o a un ogro que te ataca con un pincho? Todos preferimos que los niños jueguen felices en el parque a que tengan que ingresar en el hospital. Pero muchas veces, la estancia en el hospital es el paso necesario para que puedan volver sanos a correr por el parque. En ocasiones, para que una economía pueda crecer y prosperar debe pasar por una fase necesaria de austeridad. Un principio elemental que los demagogos aborrecen es que todas las cosas buenas, la alegría infantil y la prosperidad de las naciones, tienen un coste inevitable.

En todo caso, Hollande no ha propuesto ningún programa que fomente el crecimiento sostenido (salvo que se bauticen como programas, cantos apasionados a la educación y a la innovación), sino medidas dirigidas a aumentar el empleo de determinados colectivos de trabajadores (presumiblemente a costa de otros) y a proteger industrias y sectores determinados a costa del crecimiento a largo plazo.

En su programa, promete crear 60 mil puestos nuevos en la enseñanza, 150 mil contratos *d’avenir*, para estimular el empleo juvenil, medidas que estimulan la demanda agregada actual, pero perjudiciales al crecimiento futuro; adelantar la edad de jubilación de los 62 a los 60 años (fatal para el crecimiento); establecer un impuesto Tobin (cuando la Comisión ha reconocido que ese impuesto reduce tanto el crecimiento del PIB que hace disminuir la recaudación total del sector público); crear un gran banco público para apoyar la innovación; crear una agencia de *rating* pública y prohibir a los bancos las actividades especulativas (todo esto es palabrería); nueva política comercial frente a la competencia desleal (y ya se sabe que los extranjeros son competidores desleales cuando venden cosas más atractivas y más baratas que las que se producen en Francia). La lista de promesas, perjudiciales al crecimiento pero agradables al electorado, es interminable.

Hollande y el debate sobre el funcionamiento de la Eurozona

Las reglas de funcionamiento de la Eurozona, lo mismo que el patrón-oro (antes de la primera guerra mundial y durante el azaroso período de entreguerras) y que el sistema de Bretton Woods, consagra una asimetría entre países deudores y acreedores que ejerce un efecto contractivo sobre la actividad económica general. Según las reglas del patrón-oro, los países con superávit deben inflar, mientras que los deficitarios deben desinflar la oferta monetaria, de manera que los costes del ajuste se repartan entre las economías deficitarias y las superavitarias. En la práctica, así como los países con déficit se veían obligados a desinflar para defender la paridad, los superavitarios, aunque podían permitirse políticas expansionistas, no estaban forzados a aplicarlas, con lo cual el sistema sufría un sesgo deflacionario.

Lo mismo ocurre en la UE, donde las reglas del Plan de Estabilidad y crecimiento (PEyC) obligan a aplicar medidas contractivas a los países con déficit fiscales, pero no fuerzan a los países miembros con superávit fiscal a aplicar medidas expansivas. El resultado es un sesgo deflacionario para el conjunto de la UE, agravado en la Eurozona por el objetivo de estabilidad del BCE.

Hollande, siempre afortunado, ha tenido en su mensaje el don de la oportunidad. El sesgo contractivo de las reglas de la Eurozona es evidente; y a esto se ha añadido el riesgo de una recesión mundial. Con su afirmación del crecimiento, Hollande puede plantear en el seno de la UE un debate necesario sobre los mecanismos de ajuste

coyuntural de los desequilibrios. Que tenga éxito en su propósito es otra cuestión.

Hasta ahora, el mensaje de Hollande a favor de medidas anticíclicas expansivas ha sido recibido con simpatía en regiones europeas afectadas por la recesión. No así en Bruselas y Berlín, donde es inaceptable renegociar el PEyC o alterar el mandato del BCE. Hollande ha seguido prometiendo un programa *gauchiste* con el que ha ganado las elecciones al Parlamento. Pero corre el riesgo de pagar un precio alto por su oportunismo. La Comisión acaba de recomendar a Francia que acelere las reformas y contenga más los gastos (*la rigueur*) para lograr el objetivo de déficit de 3% de PIB en 2013. Según el FMI, el déficit será casi de un 4%. S&P y Fitch están a punto de reducir la AAA de su deuda soberana, mientras su sistema bancario, críticamente expuesto a las economías periféricas de la UE, está en una situación extremadamente vulnerable. Es posible que muy pronto, en vez de recrearse en la *croissance*, el flamante presidente tenga que enfrentarse al desafío de evitar la *debacle*.

Entretanto, en la medida en que la recesión tiende a generalizarse, Alemania, siempre opuesta a la emisión de eurobonos y a una política anticíclica comunitaria, ha transigido al uso de fondos de la Comisión para proyectos estructurales y al recurso al BEI en condiciones limitadas, iniciativas de magnitud insuficiente para convertirse en estímulos efectivos de las economías periféricas de la UE y mucho menos de toda la economía comunitaria. Hay que confiar en que la realidad se imponga y acabe empujando a Hollande y a Merkel a ponerse de acuerdo en una solución pragmática a los problemas de la Eurozona.